

E.C. 10/1/60 Sept. 888

Permanencia de Mariátegui

Los diez primeros volúmenes de las Obras Completas de José Carlos Mariátegui, en pulcra edición popular, puesta recientemente en circulación por Amauta, el sello creado por el gran ensayista y resucitado por sus hijos, nos colocan ante la vasta y profunda personalidad de este hombre a cuya meditación se deben algunas de las más esenciales verificaciones sociológicas acerca del país y su historia. Obra la de Mariátegui que, no obstante estar comprometida, nunca se redujo al sectarismo de visión estrecha y torcida, dirigido a deformar la realidad en beneficio de determinada praxis política, testimonia en su conjunto que supo el escritor emplear ese compromiso intelectual y moral como fuerza vectora, como impulso cognoscitivo. Merced a ello nos brinda impresa así, en serie, el panorama variado de sus inquietudes de humanista, en quien se alternan un vivo interés por los temas del acontecer internacional, una aguda predisposición para la crítica estética y literaria, un discurso me-

surado en torno a las ideas candentes de su tiempo, una apasionada vocación esclarecedora en lo que respecta a los problemas patrios. Ordenado caleidoscopio de una inteligencia insatisfecha y ávida, los diez volúmenes —entre los cuales hay dos que constituyen un homenaje a la persona ya mítica— procuran la más cabal noción de la rica y vital posibilidad del talento de Mariátegui, que la muerte interrumpió en toda la efervescencia de su desenvolvimiento creador.

Cualquiera que sea la posición doctrinaria que uno posea, no podrá estar frente a Mariátegui en desacuerdo hostil. Su estilo posee, la fluencia de la charla fascinante del sabio sin distancia ni soberbia, y es por eso precisamente que la lectura es una comunicación con el autor en la que la divergencia colma las ideas y las abrillanta. Jamás una incitación violenta, un desliz de intolerancia. Es evidente que el pensador creía, por sobre todo —aun por sobre sus convicciones ideológicas—, en la fuerza

luminosa de la inteligencia, en la garantía liberadora del debate, en la suprema instancia de la verdad. Nada hay en estos libros que aparezca como dogma en el que es necesario creer a ciegas: esta condición cuestionable de cada afirmación decide, sin duda, la permanencia de los ensayos, cuya diversidad va desde "La escena contemporánea" —miradas a fondo en la crisis mundial de la primera veintena del siglo— hasta la "Defensa del Marxismo" —libro pleno de esperanzas que los hechos posteriores habrían desengañado—, pasando por las reflexiones acerca del arte y la época, los análisis del proceso social, los comentarios a libros polémicos y aquellos "Siete ensayos" que tanta lección aun no aprendida encierran.

Ejemplo de libertad y sinceridad, la obra de José Carlos Mariátegui llena un largo lapso de nuestra historia intelectual y lo seguirá llenando en tanto persista el drama humano y social que la fecundó. La vigencia de la crisis peruana —que él con-

sideró de raíz económica— pondrá siempre en juego su nombre de insigne examinador de la conciencia nacional, y sus pronósticos no dejarán de ser válidos en tanto subsista la injusticia en que se basa nuestra organización. De vivir hoy, sería su diagnóstico objeto de la impotente burla, pues bien podría designarse como socio-económico. De ahí que no esté ausente en esta hora de definiciones.

Util en la biblioteca del peruano culto, la serie que acaba de aparecer, a la que completará otra que ya se halla en prensa, ofrece, con los textos propios del maestro, artículos, fotos, facsímiles y otros documentos que complementan el ideario con imágenes vivas y directas de la existencia del hombre y de su creciente influjo en el Perú y el resto del continente. Bien ha escrito el poeta: gracias a José Carlos Mariátegui y a los que como él amaron al pueblo, el pueblo no está, no estará nunca, sola en su ascenso a la dignidad y la libertad. — S. S. B.